



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN LA APERTURA DEL CONGRESO ECLESIAL DE LA DIÓCESIS DE ROMA

*Basílica de San Juan de Letrán
Jueves 16 de junio de 2016*

[Multimedia]

¡Buenas tardes!

Las cinco naves llenas. ¡Bien! Se ve que hay ganas de trabajar.

«*La alegría del amor: el camino de las familias en Roma*»: este es el tema de vuestra Asamblea diocesana. No comenzaré hablando de la Exhortación, ya que la misma será el tema a tratar en diversos grupos de trabajo. Quisiera recuperar junto con vosotros algunas ideas/tensiones-clave surgidas durante el camino sinodal, que nos pueden ayudar a comprender mejor el espíritu que se refleja en la Exhortación. Un documento que pueda orientar vuestras reflexiones y vuestros diálogos, y así «ofrezcan aliento, estímulo y ayuda a las familias en su entrega y en sus dificultades» (AL, 4). Y esta presentación de algunas ideas/tensiones-clave, me gustaría hacerla con tres imágenes bíblicas que nos permitan entrar en contacto con el paso del Espíritu en el discernimiento de los padres sinodales. Tres imágenes bíblicas.

1. «*Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada*» (Ex 3, 5). Esta fue la invitación de Dios a Moisés ante la zarza ardiente. El terreno por atravesar, los temas a afrontar en el Sínodo, necesitaban de una actitud determinada. No se trataba de analizar un tema cualquiera; no estábamos ante una situación cualquiera. Teníamos delante los rostros concretos de muchas familias. Y me he enterado que, en algunos grupos de trabajo, durante el Sínodo, los padres sinodales compartieron la propia realidad familiar. Dar un rostro a los temas —por decirlo así— exigía, y exige, un clima de respeto capaz de ayudarnos a escuchar lo que Dios nos está diciendo en el seno de nuestras situaciones. No un respeto diplomático o políticamente correcto, sino un respeto lleno de preocupaciones y preguntas honestas que se orientaban a la atención de

las vidas que estamos llamados a pastorear. ¡Cuánto ayuda dar un rostro a los temas! Y, ¡cuánto ayuda darse cuenta que detrás de los papeles hay un rostro, cuánto ayuda! Nos libera de la prisa por obtener conclusiones bien formuladas pero muchas veces carentes de vida; nos libera del hablar en abstracto, para poder acercarnos y comprometernos con personas concretas. Nos protege de ideologizar la fe mediante sistemas bien estructurados pero que ignoran la gracia. Muchas veces nos convertimos en pelagianos. Y esto, se puede hacer sólo en un clima de fe. Es la fe que nos impulsa a no cansarnos de buscar la presencia de Dios en los cambios de la historia.

Cada uno de nosotros tuvo una experiencia de familia. En algunos casos brota la acción de gracias con mayor facilidad que en otros, pero todos hemos vivido esta experiencia. En ese contexto, Dios vino a nuestro encuentro. Su Palabra vino a nosotros no como una secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje que nos ha sostenido en medio del dolor, nos ha animado en la fiesta y nos ha indicado siempre la meta del camino (AL, 22). Esto nos recuerda que nuestras familias, las familias en nuestras parroquias con sus rostros, sus historias, con todas sus complicaciones no son un problema, son una oportunidad que Dios nos pone delante. Oportunidad que nos desafía a suscitar una creatividad misionera capaz de abrazar todas las situaciones concretas, en nuestro caso, de las familias romanas. No sólo de aquellas que vienen o están en las parroquias —esto sería fácil, más o menos—, sino poder llegar a las familias de nuestros barrios, a los que no vienen. Este encuentro nos desafía a no dar nada ni a nadie por perdido, sino a buscar, a renovar la esperanza de saber que Dios sigue actuando en el seno de nuestras familias. Nos desafía a no abandonar a nadie por no estar a la altura de lo que se le pide a él. Y esto nos impone salir de las declaraciones de principio para adentrarnos en el corazón palpitante de los barrios romanos y, como artesanos, disponernos a plasmar en esta realidad el sueño de Dios, cosa que pueden hacer sólo las personas de fe, las que no cierran el paso a la acción del Espíritu, y que se ensucian las manos. Reflexionar sobre la vida de nuestras familias, así como son y así como están, nos pide quitarnos el calzado para descubrir la presencia de Dios. Esta es una primera imagen bíblica. Ir: allí está Dios. Dios que anima, Dios que vive, Dios que está crucificado... pero es Dios.

2. Ahora la segunda imagen bíblica. La del fariseo, cuando al rezar decía al Señor: «*¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano*» (Lc 18, 11). Una de las tentaciones (cf. AL, 229) a la cual estamos continuamente expuestos es tener una lógica separatista. Es interesante. Para defendernos, creemos que ganamos en identidad y en seguridad cada vez que nos diferenciamos o nos aislamos de los demás, especialmente de aquellos que están viviendo en una situación diversa. Pero la identidad no se hace con la separación: la identidad se hace con la pertenencia. Mi pertenencia al Señor: esto me da identidad. No separarme de los demás para que no me «contagien».

Considero necesario dar un paso importante: no podemos analizar, reflexionar, y menos todavía

rezar, sobre la realidad como si nosotros estuviésemos en orillas o senderos diversos, como si estuviésemos fuera de la historia. Todos tenemos necesidad de convertirnos, todos tenemos necesidad de ponernos delante del Señor y renovar siempre de nuevo la alianza con Él y decir junto con el publicano: Dios mío, ten piedad de mí que soy pecador. Con este punto de partida, quedamos incluidos en la misma «parte» —no separados, incluidos en la misma parte— y nos ponemos ante el Señor con una actitud de humildad y de escucha.

Justamente, mirar a nuestras familias con la delicadeza con la que las mira Dios nos ayuda a poner nuestra conciencia en su misma dirección. Poner el acento en la misericordia nos sitúa ante la realidad de modo realista, pero no con un realismo cualquiera, sino con el realismo de Dios. Nuestros análisis son importantes, son necesarios y nos ayudarán a tener un sano realismo. Pero nada es comparable con el realismo evangélico, que no se queda en la descripción de las situaciones, de las problemáticas —menos aún del pecado—, sino que va siempre más allá y logra ver detrás de cada rostro, de cada historia, de cada situación, una oportunidad, una posibilidad. El realismo evangélico se compromete con el otro, con los demás y no hace de los ideales y del «deber ser» un obstáculo para encontrarse con los demás en las situaciones en las que están. No se trata de no proponer el ideal evangélico, no, no se trata de esto. Al contrario, nos invita a vivirlo dentro de la historia, con todo lo que ello comporta. Y esto no significa no ser claros en la doctrina, sino evitar caer en juicios y actitudes que no asumen la complejidad de la vida. El realismo evangélico se ensucia las manos porque sabe que «trigo y cizaña» crecen juntos, y el mejor trigo —en esta vida— estará siempre mezclado con un poco de cizaña. «Comprendo a aquellos que prefieren una pastoral más rígida que no dé lugar a algún tipo de confusión», los comprendo. «Pero creo sinceramente que Jesús quiere una Iglesia atenta al bien que el Espíritu esparce en medio de la fragilidad: una Madre que, en el momento mismo en que expresa claramente su enseñanza objetiva, “no renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de ensuciarse con el barro del camino”». Una Iglesia capaz de «asumir la lógica de la compasión hacia las personas frágiles y de evitar persecuciones o juicios demasiado duros e impacientes. El Evangelio mismo nos pide no juzgar y no condenar (cf. *Mt 7, 1; Lc 6, 37*)» (*AL*, 308). Y aquí hago un paréntesis. Llegó a mis manos —vosotros seguramente la conocéis— la imagen de ese capitel de la basílica de Santa María Magdalena de Vezelay, al sur de Francia, donde comienza el Camino de Santiago: por una parte está Judas, ahorcado, con la lengua afuera, y por otra parte del capitel está Jesús Buen Pastor que lo carga sobre los hombros, lo lleva consigo. Esto es un misterio. Pero estos medievales, que enseñaban la catequesis con las figuras, habían entendido el misterio de Judas. Y don Primo Mazzolari tiene un hermoso discurso, un Jueves santo, sobre esto, un hermoso discurso. Es un sacerdote no de esta diócesis, pero de Italia. Un sacerdote de Italia que entendió bien esta complejidad de la lógica del Evangelio. Y quien más se ensució las manos es Jesús. Jesús es quien más se ensució. No era alguien que buscaba estar «limpio», sino que iba a la gente, entre la gente y trataba a la gente como era, no como debía ser. Volvamos a la imagen bíblica: «Te doy gracias, Señor, porque soy de la Acción católica, o de esta asociación, o de Cáritas, o de este o de aquel..., y no como estos que viven en los barrios y son ladrones y delincuentes y...». Esto no ayuda en la pastoral.

3. Tercera imagen bíblica: «*Los ancianos tendrán sueños proféticos*» (cf. *Jl 3, 1*). Esa era una de las profecías de Joel para el tiempo del Espíritu. Los ancianos tendrán sueños y los jóvenes tendrán visiones. Con esta tercera imagen quisiera destacar la importancia que los Padres sinodales han dado al valor del testimonio como lugar en el cual se puede encontrar el sueño de Dios y la vida de los hombres. En esta profecía contemplamos una realidad inderogable: en los sueños de nuestros ancianos muchas veces reside la posibilidad de que nuestros jóvenes tengan nuevas visiones, tengan nuevamente un futuro —pienso en los jóvenes de Roma, de las periferias de Roma—, que tengan un mañana, una esperanza. Pero si el 40% de los jóvenes de menos de 25 años no tiene trabajo, ¿qué esperanza pueden tener? Aquí en Roma, ¿cómo encontrar el camino? Son dos realidades —los ancianos y los jóvenes— que van juntas y que una tiene necesidad de la otra, y están relacionadas. Es hermoso encontrar esposos, parejas, que siendo ancianos siguen buscándose, mirándose; siguen queriéndose y eligiéndose. Es tan bonito encontrar «abuelos» que muestran en sus rostros arrugados por el tiempo la alegría que nace de haber hecho una elección de amor y por amor. A Santa Marta vienen muchas parejas que cumplen 50, 60 años de matrimonio, y también a las audiencias del miércoles, y yo siempre los abrazo y les agradezco el testimonio, y pregunto: «¿Quién de vosotros ha tenido más paciencia?». Y siempre dicen: «¡Los dos!». A veces, bromeando, uno dice: «¡yo!», pero luego dice: «No, no, es una broma». Y una vez dieron una respuesta muy bonita, creo que todos lo pensaban pero fue una pareja casada desde hace 60 años la que logró expresarla: «¡Aún estamos enamorados!». ¡Qué bonito! Son los abuelos que dan testimonio. Y yo siempre digo: hacedlo ver a los jóvenes, que se cansan rápido, que después de dos o tres años dicen: «Vuelvo con mi madre». ¡Los abuelos!

Como sociedad, hemos privado de su voz a nuestros ancianos —esto es un pecado social actual—, los hemos privado de su espacio; los hemos privado de la oportunidad de contarnos su vida, sus historias, sus experiencias. Los hemos acuartelado y así hemos perdido la riqueza de su sabiduría. Descartándolos, descartamos la posibilidad de entrar en contacto con el secreto que a ellos les permitió seguir adelante. Nos hemos privado del testimonio de cónyuges que no sólo han perseverado en el tiempo, sino que conservan en su corazón la gratitud por todo lo que han vivido (cf. [AL](#), 38).

Esta ausencia de modelos, de testimonios, esta falta de abuelos, de padres capaces de narrar sueños no permite a las jóvenes generaciones «tener visiones». Y se quedan inmóviles. No les permite hacer proyectos, desde el momento que el futuro genera inseguridad, desconfianza, miedo. Sólo el testimonio de nuestros padres, ver que ha sido posible luchar por algo que valía la pena, les ayudará a elevar la mirada. ¿Cómo pretendemos que los jóvenes vivan el desafío de la familia, del matrimonio como un don, si nos escuchan continuamente decir que es un peso? Si queremos «visiones», dejemos que nuestros abuelos nos cuenten, que compartan sus sueños, para que podamos tener profecías del mañana. Y aquí quisiera detenerme un momento. Esta es la hora de alentar a los abuelos a soñar. Necesitamos los sueños de los abuelos, y escuchar estos sueños. La salvación viene de aquí. No por casualidad cuando al Niño Jesús lo llevan al

Templo lo acogen dos «abuelos», que había contado sus sueños: aquel anciano [Simeón] había «soñado», el Espíritu le había prometido que vería al Señor. Esta es la hora —y no es una metáfora—, esta es la hora en la cual los abuelos deben soñar. Hay que impulsarlos a soñar, a que nos digan algo. Ellos se sienten descartados, cuando no se sienten despreciados. A nosotros nos gusta, en los programas pastorales, decir: «Esta la hora de la valentía», «esta es la hora de los laicos», «esta es la hora...». Pero si yo diría, ¡esta es la hora de los abuelos! «Pero, padre, usted retrocede, usted es preconiliar». Es la hora de los abuelos: que los abuelos sueñen, y los jóvenes aprenderán a profetizar, y a realizar con su fuerza, con su imaginación, con su trabajo, los sueños de los abuelos. Esta es la hora de los abuelos. Y sobre esto me gustaría mucho que os detuvierais en vuestras reflexiones, me gustaría mucho.

Tres imágenes, para leer *Amoris laetitia*:

1. La vida de cada persona, la vida de cada familia debe ser tratada con mucho respeto y mucha atención. Especialmente cuando reflexionamos sobre estas cosas.
2. Cuidarnos de poner en acción una pastoral de guetos y para los guetos.
3. Dejemos espacio a los ancianos para que vuelvan a soñar.

Tres imágenes que nos recuerdan cómo «la fe no nos aleja del mundo, sino que nos introduce más profundamente en él» (*AL*, 181). No como aquellos perfectos inmaculados que creen saberlo todo, sino como personas que han conocido el amor que Dios nos tiene (cf. *1 Jn* 4, 16). Y con esa confianza, con esa certeza, con mucha humildad y respeto, queremos acercarnos a todos nuestros hermanos para vivir la alegría del amor en la familia. Con esa confianza renunciamos a los «recintos» «que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura» (al, 308). Esto nos impone desarrollar una pastoral familiar capaz de *acoger, acompañar, discernir e integrar*. Una pastoral que permita y haga posible la estructura adecuada para que la vida que se nos confía encuentre el apoyo que necesita para desarrollarse según el sueño —permitidme el reduccionismo—, según el sueño del «más anciano»: según el sueño de Dios. Gracias.

[Al término del discurso, el Papa Francisco respondió a tres preguntas que surgieron del camino preparatorio de la asamblea diocesana y que le formularon un sacerdote y dos catequistas.]

Pregunta:

En la exhortación *Evangelii gaudium*, usted dice que el gran problema de hoy es el «individualismo cómodo y avaro», y en *Amoris laetitia* dice que hay que crear redes de relaciones entre las familias. Usa una expresión que en italiano suena incluso un poco mal: «la familia ampliada». Es necesaria una revolución de la ternura. También nosotros sentimos el virus del individualismo en nuestras comunidades. Necesitamos ayuda para crear esta red de relaciones entre las familias, capaz de romper la cerrazón y de volver a encontrarse.

Respuesta:

Es verdad que el *individualismo* es como el eje de esta cultura. Y este individualismo tiene muchos nombres, muchos nombres de raíz egoísta: se buscan siempre a sí mismo, no miran al otro, no miran a las demás familias... Se llega, a veces, a verdaderas crueldades pastorales. Por ejemplo, hablo de una situación que conocí cuando estaba en Buenos Aires: en una diócesis cercana, algunos párrocos no querían bautizar a los niños de las madres solteras. ¡Pero mira! Cómo si fuesen animales. Y esto es individualismo. «No, nosotros somos los perfectos, este es el camino...». Es un individualismo que busca también el placer, es hedonista. Diría una palabra un poco fuerte, pero la digo entre comillas: ese «maldito bienestar» que nos ha hecho tanto mal. El bienestar. Hoy en día, Italia cuenta con una disminución terrible de nacimientos: está, creo, bajo cero. Pero esto comenzó con aquella cultura del bienestar, desde hace algunas décadas... Conocí a muchas familias que preferían —pero, por favor, no me acuséis los animalistas, porque no quiero ofender a nadie— tener dos o tres gatos, un perro, en lugar de un hijo. Porque tener un hijo no es fácil, y, luego, sacarle adelante... El desafío más grande con un hijo es el hecho de que tú formas a una persona que llegará a ser libre. El perro, el gato, te darán afecto, pero un afecto «programado», hasta un cierto punto, no libre. Tú tienes uno, dos, tres, cuatro hijos, que serán libres, y tendrán que ir por la vida con los riesgos de la vida. Este es el desafío que da miedo: la libertad. Y volvemos al individualismo: yo creo que nosotros tenemos *miedo a la libertad*. También en la pastoral: «Pero, ¿qué se dirá si hago esto?... Y, ¿se puede?...». Y tiene miedo. Pero tú tienes miedo: ¡arriésgate! En el momento en que estás allí, y tienes que decidir, ¡arriésgate! Si te equivocas, está el confesor, está el obispo, ¡pero arriésgate! Es como aquel fariseo: la pastoral de las manos limpias, todo limpio, todo en su sitio, todo hermoso. Pero fuera de este ambiente, cuánta miseria, cuánto dolor, cuánta pobreza, cuánta falta de oportunidad de desarrollo. Es un individualismo hedonista, es un individualismo que tiene miedo a la libertad. Es un individualismo —no sé si la gramática italiana lo permite— diría «que te enjaula»: te enajula, no te deja volar libre. Y luego, sí, la *familia ampliada*. Es verdad, es una palabra que no siempre suena bien, pero según las culturas; la Exhortación la escribí en español... He conocido, por ejemplo, familias...

Precisamente el otro día, hace una o dos semanas, vino a presentar las credenciales el embajador de un país. Estaba el embajador, la familia y la señora que hacía la limpieza en su casa desde hacía muchos años: esta es una familia ampliada. Y esta mujer era de la familia: una mujer sola, y no sólo le pagaban bien, le pagaban según la ley, y cuando tuvieron que ir a presentar las credenciales al Papa: «tú vienes con nosotros, porque tú eres de la familia». Es un

ejemplo. Esto es dar espacio a la gente. Y entre la gente sencilla, con la simplicidad del Evangelio, esa sencillez buena, hay ejemplos así, de ampliar la familia...

Y luego, la otra palabra-clave que tú has dicho, además del individualismo, del miedo a la libertad y del apego al placer, tú has dicho otra palabra: la *ternura*. Es la caricia de Dios, la ternura. Una vez, en un Sínodo, surgió esto: «Tenemos que hacer la revolución de la ternura». Y algunos padres —hace años— dijeron: «Pero no se puede decir esto, no suena bien». Pero hoy lo podemos decir: falta ternura, falta ternura. Acariciar no sólo a los niños, a los enfermos, acariciar todo, a los pecadores... Y hay buenos ejemplos, de ternura... La ternura es un lenguaje válido para los más pequeños, para los que nada tienen: un niño conoce al papá y a la mamá por las caricias, luego la voz, pero es siempre la ternura. A mí me gusta escuchar cuando el papá o la mamá hablan al niño que empieza a hablar, también el papá y la mamá se hacen niños, [*repite las palabras*] hablan así... Todos lo hemos visto, es verdad. Esta es la ternura. Es abajarse al nivel del otro. Es el camino que hizo Jesús. Jesús no consideró un privilegio ser Dios: se abajó (cf. *Flp 2, 6-7*). Y habló nuestra lengua, habló con nuestros gestos. Y el camino de Jesús es el camino de la ternura. Esto, el hedonismo, el miedo a la libertad, esto es precisamente individualismo contemporáneo. Hay que salir a través del camino de la ternura, de la escucha, del acompañar, sin preguntar... Sí, con este lenguaje, con esta actitud las familias crecen: está la pequeña familia, luego la gran familia de los amigos o de los que vienen... No sé si he respondido, pero me parece que sí, me salió así.

Pregunta:

Nosotros sabemos que como comunidades cristianas no queremos renunciar a las exigencias radicales del Evangelio de la familia. ¿Cómo evitar que en nuestras comunidades surja una doble moral, una exigente y una permisiva, una rigorista y una laxista?

Respuesta:

Ambas no son la verdad: ni el rigorismo ni el laxismo son la verdad. El Evangelio elige otro camino. Por esto, aquellas cuatro palabras —*acoger, acompañar, integrar, discernir*— sin meter la nariz en la vida moral de la gente. Para vuestra tranquilidad, tengo que deciros que todo lo que está escrito en la Exhortación —y retomo las palabras de un gran teólogo que fue secretario de la Congregación para la doctrina de la fe, el cardenal Schönborn, que la presentó— todo es tomista, desde el inicio hasta el final. Es la doctrina segura. Pero nosotros queremos, muchas veces, que la doctrina segura tenga esa seguridad matemática que no existe, ni con el laxismo, de manga ancha, ni con la rigidez. Pensemos en Jesús: la historia es la misma, se repite. Jesús, cuando hablaba a la gente, la gente decía: «Este habla no como nuestros doctores de la ley, habla como uno que tiene autoridad» (cf. *Mc 1, 22*). Esos doctores conocían la ley, y para cada caso tenían una ley específica, para llegar al final a unos 600 preceptos. Todo calculado, todo. Y el Señor —la ira de Dios yo la veo en el capítulo 23 de Mateo, es terrible ese capítulo— a mí me impresiona,

sobre todo, cuando habla del cuarto mandamiento y dice: «Vosotros, que en lugar de dar de comer a vuestros padres ancianos, les decís: “No, hice la promesa, es mejor el altar que vosotros”, os contradecís» (cf. *Mc* 7, 10-13). Jesús era así, y fue condenado por odio, le ponían siempre trampas delante: «¿Se puede hacer esto o no se puede?». Pensemos en la escena de la adúltera (cf. *Jn* 8, 1-11). Está escrito: debe ser lapidada. Es la moral. Es clara. Y no rígida, esta no es rígida, es una moral clara. Debe ser lapidada. ¿Por qué? Por la sacralidad del matrimonio, de la fidelidad. Jesús en esto es claro. La palabra es adulterio. Es claro. Y Jesús finge haciéndose pasar por tonto, deja pasar el tiempo, escribe en la tierra... Y luego dice: «Comenzad: el primero de vosotros que no tenga pecado, que tire la primera piedra». Jesús, en ese caso, no cumple la ley. Se marcharon todos, comenzando por los más ancianos. «Mujer, ¿nadie te ha condenado? Tampoco yo te condeno. La moral, ¿cuál es? Era lapidarla. Pero Jesús no cumple la ley, no cumple con la moral. Esto nos hace pensar que no se puede hablar de «rigidez», de «seguridad», de ser matemático en la moral, como la moral del Evangelio.

Luego, continuamos con las mujeres: cuando aquella señora o señorita [la Samaritana, cf. *Jn* 4, 1-27], no sé lo que era, comenzó a comportarse un poco como la «catequista» y a decir: «¿Hay que adorar a Dios en este monte o en aquel otro?...». Jesús le había dicho: «¿Y tu marido?...» —«No tengo marido». —«Has dicho la verdad». Y, en efecto, ella tenía muchas medallas de adulterio, muchas «condecoraciones»... Sin embargo, fue ella la primera en ser perdonada, fue la «apóstol» de Samaría. Y, entonces, ¿qué hay que hacer? Vayamos al Evangelio, vayamos a Jesús. Esto no significa tirar el agua sucia junto con el niño, no, no. Esto significa buscar la verdad; y que la moral es un acto de amor, siempre: amor a Dios, amor al prójimo. Es también un acto que deja espacio a la conversión del otro, no condena inmediatamente, deja espacio.

Una vez —hay muchos sacerdotes aquí, pero disculpadme— mi predecesor, no, el otro, el cardenal Aramburu, que murió después, cuando fui nombrado arzobispo me dio un consejo: «Cuando veas que un sacerdote vacila un poco, que está poco firme, tú llámalo y dile: “Hablemos un poco, me han dicho que tú estás en esta situación, casi de doble vida, no lo sé...”»; y verás que ese sacerdote comienza a decir: “No, no es verdad, no...”; tú interrúmpelo y dile: “Escúchame: vete a casa, piénsalo, y vuelve dentro de quince días, y volvemos a hablar”; y en esos quince días ese sacerdote —así me decía él— tenía tiempo de pensar, de repensar ante Jesús y volver: repensar ante Jesús y volver: “Sí, es verdad. ¡Ayúdeme!”». Siempre se necesita tiempo. «Pero, padre, ese sacerdote ha vivido, y ha celebrado la misa, en pecado mortal en esos quince días, eso dice la moral, ¿qué dice usted?». ¿Qué es mejor? ¿Qué ha sido lo mejor? Que el obispo haya tenido esa generosidad de darle quince días para que lo vuelva a pensar, con el riesgo de celebrar la misa en pecado mortal, ¿es mejor esto o lo otro, la moral rígida?

Y respecto a la moral rígida, os contaré un hecho que he vivido. Cuando nosotros estábamos en teología, el examen para escuchar las Confesiones —«*ad audiendas*», se llamaba— se hacía en tercer año, pero nosotros, los de segundo, teníamos el permiso de estar presente para prepararnos; y una vez, a un compañero nuestro le propusieron un caso, de una persona que va

a confesarse, pero un caso muy complicado, respecto al séptimo mandamiento, «*de justitia et jure*». Se trataba precisamente de un caso muy irreal..., y este compañero, que era una persona normal, dijo al profesor: «Pero, padre, esto en la vida real no se ve». —«Sí, pero está en los libros». Esto lo he visto yo.

Pregunta:

Dónde sea que vayamos, hoy escuchamos hablar de crisis del matrimonio. Y, entonces, le quería preguntar: ¿en qué debemos poner el acento hoy para educar a los jóvenes al amor, de modo particular al matrimonio sacramental, superando sus resistencias, su escepticismo, las disilusiones, el miedo a lo definitivo?

Respuesta:

Tomo la última palabra: nosotros vivimos también una cultura de lo provisional. A un obispo, he oído decir, hace algunos meses, se le presentó un joven que había acabado los estudios universitarios, un buen joven, y le dijo: «Quiero ser sacerdote, pero por diez años». Es la cultura de lo provisional. Y esto sucede por doquier, también en la vida sacerdotal, en la vida religiosa. Lo provisional. Y por esto una parte de nuestros matrimonios sacramentales son nulos, porque ellos [los esposos] dicen: «Sí, para toda la vida», pero no saben lo que dicen, porque tienen otra cultura. Lo dicen, y tienen buena voluntad, pero no son conscientes. Una señora, en una ocasión, en Buenos Aires, me regañó: «Vosotros sacerdotes sois listos, porque para ser sacerdotes estudiáis ocho años, y luego si las cosas no funcionan y el sacerdote encuentra una chica que le gusta... al final le dais el permiso de casarse y formar una familia. Y a nosotros laicos, que debemos recibir el sacramento indisoluble para toda la vida, nos hacen participar en cuatro encuentros, y esto para toda la vida». Para mí, uno de los problemas es este: la preparación al matrimonio.

Y luego la cuestión está muy relacionada con el hecho social. Recuerdo, llamé —aquí en Italia, el año pasado— a un joven que había conocido hace tiempo en Ciampino, y se casaba. Lo llamé y le dije: «Me dijo tu madre que te casarás el mes que viene... ¿Dónde te casas?...». —«Todavía no lo sabemos, porque estamos buscando la iglesia que se adapte al vestido de mi novia... Y luego tenemos que hacer muchas cosas: los detallitos de boda, y también buscar un restaurante que no esté lejos...». ¡Estas son las preocupaciones! Un acontecimiento social. ¿Cómo cambiar esto? No lo sé. Un acontecimiento social en Buenos Aires: yo prohibí celebrar matrimonios religiosos, en Buenos Aires, en los casos que nosotros llamamos «*matrimonios de apuro*», matrimonios «con prisa» [reparadores], cuando hay un niño en camino. Ahora están cambiando las cosas, pero lo que sucede es esto: socialmente debe estar todo en regla, llega el niño, celebramos el matrimonio. Yo prohibí hacer esto, porque no son libres, ¡no son libres! Tal vez se aman. Y he visto casos hermosos, en los cuales, después de dos o tres años, se casaron, y he visto entrar en la iglesia al papá, la mamá y al niño de la mano. Pero sabían bien lo que hacían. La crisis del

matrimonio es porque no se sabe lo que es el sacramento, la belleza del sacramento: no se sabe que es indisoluble, no se sabe que es para toda la vida. Es difícil.

Otra experiencia que he tenido en Buenos Aires: los párrocos, cuando hacían los cursos de preparación, había siempre 12-13 parejas, no más, y así no llegaban a 30 personas. La primera pregunta que hacían: «¿Cuántos de vosotros conviven?». La mayor parte levantaba la mano. Prefieren convivir, y esto es un desafío, requiere un trabajo. No decir en primer lugar: «¿Por qué no te casas por la Iglesia?». No. Acompañarlos: esperar y hacer madurar. Y hacer madurar la fidelidad.

En la zona de campo argentina, en la parte del Noreste, hay una superstición: que los novios tienen el hijo, conviven. En el campo sucede esto. Luego, cuando el hijo tiene que ir a la escuela, hacen el matrimonio civil. Y luego, cuando son abuelos, hacen el matrimonio religioso. Es una superstición, porque dicen que hacer en primer lugar el matrimonio religioso asusta al marido. Tenemos que luchar también contra estas supersticiones. Sin embargo, digo de verdad que he visto mucha fidelidad en estas convivencias, mucha fidelidad; y estoy seguro que este es un matrimonio verdadero, tienen la gracia del matrimonio, precisamente por la fidelidad que se tienen.

Pero existen supersticiones locales. La pastoral del matrimonio es la pastoral más difícil.

Y luego, la paz en la familia. No sólo cuando discuten entre ellos, y el consejo es siempre no terminar el día sin hacer las paces, porque la guerra fría del día después es peor. Es peor, sí, es peor. Incluso cuando se mezclan los parientes, los suegros, porque no es fácil ser suegro o suegra. No es fácil. He oído una cosa hermosa, que les gustará a las mujeres: cuando una mujer se entera por la ecografía que está embarazada de un niño, desde ese momento comienza a estudiar para convertirse en suegra.

Vuelvo a hablar en serio: la preparación al matrimonio, se debe hacer con la cercanía, sin asustarse, lentamente. Es un camino de conversión, muchas veces. Hay chicos y chicas que tienen una pureza, un amor grande y saben lo que hacen. Pero son pocos. La cultura de hoy nos presenta a estos jóvenes, que son buenos, y debemos acercarnos y acompañarlos, acompañarlos, hasta el momento de la madurez. Y allí, que celebren el sacramento, pero con gozo, gozosos. Se necesita mucha paciencia, mucha paciencia. Es la misma paciencia que hay que tener para la pastoral de las vocaciones. Escuchar las mismas cosas, escuchar: el apostolado del oído, escuchar, acompañar... No asustarse, por favor, no asustarse. No sé si he respondido, pero te hablo de mi experiencia, de lo que he vivido como párroco.

[Al final, después del canto de la Salve Regina]

¡Muchas gracias y rezad por mí!
